

Francesco Strazzari

# Para conocer al papa Bergoglio



Prólogo de  
José Oscar Beozzo

Epílogo de  
Víctor Manuel Fernández

**verbo divino**

# Contenido

Prólogo.

El primer Papa latinoamericano

*Aparecida, una marca en la vida de Bergoglio*

*Una Iglesia de mártires*

*La herencia del Vaticano II*

*Opción por los pobres*

*El ejercicio de la colegialidad episcopal*

*Pobres y comunidades de base*

*Lectura popular de la Biblia*

*Una teología latinoamericana*

1. Entre dos continentes
2. Iglesia y peronismo
3. El golpe y la dictadura
4. El caso Yorio – Jalics
5. El nuncio Laghi
6. La carta de los obispos
7. Una patria que reconstruir
8. La época de los Kirchner

9. Aparecida y la misión continental

10. La pastoral social de Bergoglio

11. «Dios vive en la ciudad»

12. Teología de la liberación

13. Del sur del sur

Epílogo

Un retrato del natural

*1. Sentimiento popular profundo*

*2. Realismo eclesial*

*3. Aprecio constante y sentido de la piedad popular*

*4. Preferencia sincera por los pobres*

*5. Cercanía a la clase media y a los ambientes profesionales*

*6. Pobreza y austeridad personal*

*7. Simplicidad evangélica*

*8. Jerarquía de las verdades y de las virtudes*

*9. Compromiso ecuménico y filojudío*

*Expresiones típicas de Bergoglio*

*No perdamos tiempo*

Créditos

# Prólogo

## El primer Papa latinoamericano

---

**B**ergoglio es el primer Papa de la historia que ha nacido en América. ¿Qué puede significar esto para su pontificado? Es difícil predecirlo pero pueden identificarse prácticas, experiencias, dolores y esperanzas inscritas en el ADN de la Iglesia en Latinoamérica que forman parte del bagaje existencial y eclesial del papa Francisco.

El continente habitado por más de 2 200 pueblos indígenas, con sus lenguas, culturas y religiones, recibió inicialmente, en un contexto de violencia militar, política, cultural y religiosa, un catolicismo ibérico de corte español, con la llegada al Caribe en 1492 de Cristóbal Colón, y, de corte portugués, con el paso por Brasil en 1500 de Pedro Álvares Cabral en su camino a las Indias. Más tarde, católicos y hugonotes franceses, anglicanos ingleses, reformados holandeses y luteranos daneses imprimieron diferentes formas al cristianismo en el Caribe, en la costa atlántica de América Central y del Sur, y en América del Norte. A partir del siglo XIX, la llegada de inmigrantes de países protestantes y ortodoxos, más el trabajo misionero de las iglesias protestantes, y la ola pentecostal del siglo XX diversificaron los rostros del cristianismo latinoamericano, o llevaron a convivir también con otras religiones traídas por los inmigrantes de países como la India, China o Indonesia. Hoy asistimos al renacimiento

de antiguas religiones indígenas y afroamericanas en el seno de poblaciones oficialmente bautizadas en la Iglesia católica.

¿Qué marca de su carácter americano llevará a Roma el nuevo Papa, como obispo de aquella diócesis y en su tarea de presidir en la caridad la comunión de las iglesias?

Como hijo de inmigrantes italianos en Argentina, Bergoglio es heredero de una determinada parte de América Latina que los historiadores llaman Euro-américa, en contraposición a una Indo-américa y una Afro-américa.

Según el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, esta América está formada predominantemente por «pueblos trasplantados» de Europa a América, en la ola de la gran inmigración acontecida entre 1850 y 1914. Mientras que en el norte, los flujos migratorios se dirigían hacia los Estados Unidos y Canadá, en el sur, Argentina, junto con el cercano Uruguay y algunas regiones de Chile y del sur de Brasil, fue la meta preferida por la avalancha de irlandeses, italianos, españoles, alemanes, rusos, ucranianos, polacos y de cuantos buscaban en la emigración una solución a su pobreza y una respuesta a sus sueños de una vida mejor y más digna.

En este breve período de tiempo, Argentina recibió más de seis millones de emigrantes europeos, pero también muchos árabes y turcos procedentes del antiguo Imperio otomano, y judíos de Europa occidental y oriental.

Bergoglio trae a Europa su herencia italiana, impresa en el apellido, en la sangre y en su identidad cultural, aunque transfigurada por su nacimiento en el continente americano. La lengua de sus padres se enriqueció con el castellano, la *koiné* de muchos pueblos, razas y lenguas de la Argentina de los inmigrantes. En la actualidad, el castellano se ha convertido en el

idioma más hablado por la comunidad católica del mundo porque es el idioma oficial de 19 países de América Latina y del Caribe, y de casi la mitad de los católicos de los Estados Unidos. En Europa, se habla en España; en África, en el archipiélago de las Islas Canarias, en Ceuta y Melilla, situadas en la costa norteafricana, y en el antiguo Sáhara español, que ahora forma parte de Marruecos. En Asia, dejó su huella en Filipinas, en particular con el catolicismo allí implantado, que hace que aquel archipiélago sea el único país de mayoría cristiana en todo el continente asiático.

Bergoglio no lleva consigo, salvo de forma débil, la fuerte identidad indoamericana predominante en países como México y Guatemala, Bolivia, Ecuador y Perú, cuyos pueblos conservan una lenguas y tradiciones indígenas que han dejado un rastro indeleble en su composición racial, en sus rasgos fisonómicos y en su arte, artesanía, gastronomía y religiosidad. La Argentina de los inmigrantes europeos ha tenido siempre dificultades para reconocer las raíces indígenas, todavía fuertes y visibles en las provincias septentrionales, y para incorporar el patrimonio de sus aún numerosos antepasados aborígenes, y evitar así el dilema y la contraposición de Alberdi y Sarmiento (segunda mitad del siglo XIX) entre la civilización (Europa) y la barbarie (indígenas americanos).

Como argentino, Bergoglio no es ni siquiera representativo de Afroamérica, construida con el brazo y la sangre de las esclavas y los esclavos africanos. África ha tejido el cuerpo y el alma del Caribe y de muchas regiones de Brasil, que cuenta ahora con casi cien millones de descendientes africanos<sup>1</sup>. También es sugerente y significativa esta presencia en la costa atlántica de Venezuela, Colombia y de los países centroamericanos, y en la costa del Pacífico de Perú, del Chocó colombiano

y de Esmeraldas, en Ecuador. Mientras que los campos de caña de azúcar del Caribe recibieron aproximadamente la mitad de los 12 millones de esclavos africanos llevados a América, y Brasil empleó casi el 40% de estos para cultivar caña de azúcar, algodón, tabaco y café, o en las minas de oro y diamantes, Argentina, junto con Chile, Bolivia y Uruguay recibieron menos del 1,1% de estos esclavos debido al carácter templado de sus tierras, que no pueden acoger plantaciones tropicales.

Pero el obispo Bergoglio, en sus peregrinaciones por «villas miseria», en la periferia de Buenos Aires, se ha encontrado en todo este tiempo con el pueblo de los pobres procedente de esta América profunda, con los migrantes indígenas toba, del norte de Argentina, o mapuche, del sur; con los inmigrantes más recientes, quechua y aimara, del altiplano andino boliviano y peruano, o guaraní, de Paraguay. Se ha acercado también a los «cabecitas negras», descendientes de los antiguos esclavos de las zonas de cultivo de la caña de azúcar de los valles calurosos del norte de Argentina o de los trabajadores del puerto de Buenos Aires durante el tiempo colonial, entre los que prosperan hoy los cultos afroamericanos. Si bien los hombres de color fueron diezmados en las guerras de la independencia, en las guerras del dictador Rosas (1826-1832; 1835-1852), o de la Triple Alianza, formada por Brasil, Uruguay y Argentina, contra Paraguay (1865-1870), las mujeres siguieron transmitiendo la sangre y la cultura africana a sus descendientes. A ellos les acompaña una amplia gama de todos los cruces y colores más oscuros que forman el mundo popular argentino y su religiosidad, en contraste con la blancura y el catolicismo romanizado de su élite de origen europeo.

¿Qué lleva Bergoglio a Roma como miembro de la Iglesia latinoamericana, con su experiencia pastoral y su espiritualidad?

## *Aparecida, una marca en la vida de Bergoglio*

El 18 de marzo, el papa Francisco, al finalizar la primera audiencia con un jefe de Estado, la presidente de su país, Cristina Fernández de Kirchner, tras haberla abrazado y besado, le dio como recuerdo del comienzo de su pontificado el documento de Aparecida. Repitió el gesto con el presidente de Brasil, Dilma Rouseff, ofreciéndole las mismas conclusiones de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se celebró en el santuario de Aparecida (Brasil) del 13 al 31 de mayo de 2007.

¿Cuál es el vínculo que une al nuevo Papa con Aparecida, cuya visita incluyó en el programa de su viaje a Brasil con motivo la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro en el mes de julio de 2013?

Elevado a cardenal en 2001, Bergoglio vivió una intensa experiencia eclesial, que ha implicado a toda la Iglesia, con la muerte y los funerales de Juan Pablo II, seguidos por el período de sede vacante y el cónclave para elegir al nuevo obispo de Roma, en la primavera de 2005. Las congregaciones generales que precedieron al cónclave le ofrecieron un retrato intenso y, ciertamente, en algunos aspectos dramático de la situación de la Iglesia en los cinco continentes. Se dice que su nombre fue el segundo más votado en los escrutinios finales que eligieron, el 19 de abril de aquel año, al entonces cardenal Joseph Ratzinger como nuevo obispo de Roma con el nombre de Benedicto XVI.

No obstante, parece que la experiencia eclesial más significativa fue la que vivió dos años después, en el seno de su Iglesia latinoamericana, durante las tres semanas de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida (Brasil) del 13 al 31



de mayo de 2007. Esta experiencia le llevó a abrazar y presentar este acontecimiento como algo suyo, más allá de la referencia *a* y la posible dirección *de* su pontificado. Una señal de la importancia que atribuye Francisco a esta Conferencia es la entrega, como hemos comentado antes, de su documento a los presidentes de Argentina y Brasil en la misma semana de su elección.

De hecho, Bergoglio, como presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, estuvo muy implicado en la preparación de la Conferencia debido al método adoptado por el CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano), que asoció a los 22 presidentes de las Conferencias Episcopales de América Latina a su dirección para tomar las decisiones sobre las líneas más importantes en el proceso de preparación.

En el segundo día de esta Conferencia de Aparecida, el 15 de mayo de 2007, hablaron todos los presidentes de las 22 Conferencias Episcopales. Bergoglio, que tomó la palabra en nombre de Argentina, dijo que en su país se había adoptado el tema *Navega mar adentro*.

«Sugirió que la propuesta final tenga tres géneros: un documento medular que ofrezca un perfil del discípulo misionero hoy en América Latina, un mensaje final a los pueblos, y la propuesta de varios temas pastorales para ser trabajados posteriormente con subsidios. Dijo que la pastoral es un camino de conversión eclesial, misionera e inculturada, para llegar a los bautizados alejados y cercanos.

Luego mencionó tres macrodesafíos consensuados en una reunión previa: la ruptura en la transmisión de la fe, la inequidad escandalosa que divide a la población en “ciudadanos” y en “sobrantes o descarte”, y finalmente la crisis de los vínculos familiares y sociales»<sup>2</sup>.

Aquel mismo día, Bergoglio fue elegido por la plenaria presidente de la comisión de redacción del documento de Aparecida, junto con otros siete cardenales y obispos<sup>3</sup>. Con el trabajo común realizado cada día, aunque prolongado durante muchas noches incluso hasta el amanecer, se crearon

fuertes vínculos de amistad y afecto entre los miembros de la comisión. Uno de ellos, el cardenal Cláudio Hummes, entonces prefecto de la Congregación para el Clero, estaba al lado de Bergoglio, a petición suya, cuando fue anunciado a la gran muchedumbre de la plaza de san Pedro el *Habemus Papam*. Un poco después, el Papa confesó que había sido el mismo Hummes, franciscano, cardenal emérito de São Paulo (Brasil), quien, abrazándolo inmediatamente después de su elección, le había dicho: «¡No se olvide de los pobres!». Fue entonces cuando le vino a la mente asumir el nombre de Francisco como señal de su pontificado. De este mismo grupo de redacción de Aparecida, Bergoglio eligió al cardenal de Tegucigalpa, Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga, ex presidente del CELAM, como presidente de la comisión constituida por él para ayudarle a trazar la dirección de su pastoral romana y universal. Para esta misma comisión eligió también al entonces presidente del CELAM y uno de los tres presidentes de la Conferencia de Aparecida, el cardenal Francisco Javier Errázuriz, arzobispo de Santiago de Chile, donde había realizado estudios teológicos<sup>4</sup>.

Por sugerencia de Bergoglio estuvo presente en Aparecida, en calidad de observador, el rabino Claudio Epelman, director ejecutivo del Congreso Judío Latinoamericano, miembro de la comunidad judía de Argentina. Es importante recordar que Buenos Aires cuenta con la comunidad judía más grande del mundo, después de Israel y Nueva York. Bergoglio lleva a Roma sus intensas relaciones con esta comunidad. Las reflexiones surgidas de tantos encuentros entre el entonces cardenal con Abraham Skorka, rector del seminario rabínico de Buenos Aires, fueron publicadas en el libro *Sobre el cielo y la tierra: las opiniones del papa Francisco*<sup>5</sup>.

Tomamos unas breves anotaciones de la misa presidida por Bergoglio en la basílica de Aparecida en 16 de mayo:

«Esta mañana presidió la eucaristía el cardenal Bergoglio con una agradable homilía sobre el Espíritu Santo, donde invitaba a evitar una Iglesia autosuficiente y autorreferencial, y remarcaba que la Iglesia debe ser capaz de llegar a todas las periferias humanas»<sup>6</sup>.

De Aparecida, cuyo tema general era «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos tengan vida en él», pueden subrayarse seis preocupaciones de fondo, que estarán presentes en la mente y en el corazón del papa Francisco:

- hacer concreta la *animación bíblica* de toda la pastoral;
- llevar a su plenitud la vida del pueblo en la participación en la eucaristía dominical;
- renovar todas las estructuras eclesiales para que sean esencialmente misioneras;
- reafirmar la opción preferencial por los pobres y los excluidos;
- crecer en un estilo de cercanía cordial con el pueblo;
- estimular el compromiso de todos en la vida pública<sup>7</sup>.

Aparte de Aparecida, nos preguntamos qué puede resaltarse del camino secular de la Iglesia latinoamericana y, sobre todo, de la experiencia vivida a partir de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, que muchos consideran el acto de nacimiento de esta, con un rostro y un proyecto propio.

Seleccionamos a continuación algunos rasgos de esta Iglesia.

## *Una Iglesia de mártires*

Para Roma, cuyo tesoro más grande es conservar y venerar la memoria del martirio de Pedro y Pablo, y mantener viva en su anáfora eucarística, el canon romano o la plegaria eucarística I, como se conoce hoy, su solemne invocación junto a la de otros mártires, el martirio de los dos apóstoles y de los que siguieron sus pasos es el primer punto de referencia y el sello de una fe confesada con valentía. Así, después de Pedro, Pablo y los apóstoles, se recuerdan en el canon romano a Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, el diácono Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y también, en un segundo momento, a las mártires Perpetua y Felicidad, Águeda y Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, junto con Ignacio, Alejandro, Marcelino y Pedro.

Con toda seguridad, Bergoglio será capaz de responder con consciencia y en nombre de todas las iglesias de América Latina a la llamada del anciano del Apocalipsis:

«“¿Quiénes son y de dónde han venido estos de las túnicas blancas?”. Yo le respondí: “Tú lo sabes, Señor”. Él me dijo: “Estos son los que vienen de la gran tribulación, los que han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero... Y Dios mismo enjugará toda lágrima de sus ojos”» (Ap 7,13-14.17b).

La gran tribulación en América Latina fue el martirio relámpago de los pueblos indígenas en las guerras de conquista y su lenta agonía en los trabajos forzados de los poblados y de las haciendas, y en los turnos de trabajo en las minas de plata y oro, o en las oficinas de la ciudad. Una tribulación similar o peor se abatió sobre los esclavos de color, llevados a la fuerza desde África y vendidos como mercancía en un martirio cotidiano y

transmitido permanentemente de las madres a sus hijos e hijas<sup>8</sup>. De fecha más reciente son los más de tres decenios de despiadadas dictaduras militares en las que, en nombre de Dios, fueron asesinadas miles de personas que, por su fe y la causa de la justicia, defendían a los pobres y los pequeños, y denunciaron proféticamente un orden injusto que quería justificarse invocando la defensa de la civilización occidental y cristiana<sup>9</sup>. La Iglesia latinoamericana ha sufrido mucho y sigue sufriendo aún por la incomprensión y la obstinada resistencia a reconocer oficialmente a sus mártires, cuya sangre ha sido derramada por la causa de la justicia en defensa de la vida del «pobre, del huérfano, de la viuda, del extranjero», llamados a reconocer y defender el rostro sufriente de Cristo en aquellos hermanos y hermanas perseguidos. El Documento de Puebla (III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano) los evoca de modo grave y elocuente después de haber denunciado la situación de pecado social y estructural vigente en el continente:

«Comprobamos, pues, como el más devastador y humillante flagelo, la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos expresada, por ejemplo, en mortalidad infantil, falta de vivienda adecuada, problemas de salud, salarios de hambre, desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral, migraciones masivas, forzadas y desamparadas» (n. 29).

Conectando esta injusticia estructural con la pasión del mismo Cristo y los rostros concretos que históricamente la han revivido y encarnado, añade Puebla:

«La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela (n. 31):

– rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres (n. 34);

- rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan (n. 35);
- rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos (n. 36);
- rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos (n. 37);
- rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales (n. 38)».

Puebla concluye con los rostros de los niños golpeados por la pobreza y abandonados por las ciudades (n. 32), de los jóvenes desorientados y frustrados (n. 33), y de los ancianos, cada vez más numerosos y abandonados y relegados a los márgenes de la sociedad (n. 39).

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, reunida en Aparecida en 2007, ha reconocido solemnemente este carácter *martirial* de la Iglesia latinoamericana en varios pasajes de su documento.

Subraya, en primer lugar, el martirio como consecuencia de sus elecciones pastorales de situarse al lado de los pobres en su lucha por la justicia:

«Su empeño [de la Iglesia] a favor de los más pobres y su lucha por la dignidad de cada ser humano han ocasionado, en muchos casos, la persecución y aún la muerte de algunos de sus miembros, a los que consideramos testigos de la fe. Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y de quienes, aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el Evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo» (n. 98).

El discípulo, que llega a ser como el maestro, identificándose con Cristo, corre el mismo riesgo de compartir su destino: